

ron á paseo al bosque de Satory, que está junto á Versalles; y allí, estando yo solo...

— ¿Volvió á presentásete la misma vision?

— Sí; pero entónces se me presentó en un carruage tirado por cuatro magníficos caballos... y no era ya vision, ne, una muger real, viva... estuve á punto de desmayarme.

— ¿Y porqué?

— No sé.

— Y de esa nueva aparicion, ¿qué es lo que has deducido?

— Que no era mi madre la que se me aparecia en sueños, porque aquella muger era la misma, y mi madre ha fallecido.

Gilberto se puso en pie y se pasó la mano por la frente. Un sentimiento extraño se apoderó de él.

Sebastian observó su turbacion y se asustó de verle tan pálido.

— ¡ Ah! dijo; ya sabia yo, padre mio, que iba á ponerme triste contándoos estas locuras.

— No, hijo mio, no; al contrario, dijo el doctor; cuéntamelas siempre que estemos juntos, y ya buscaremos el remedio.

Sebastian meneó á un lado y á otro la cabeza.

— ¡ El remedio! ¿y para qué? dijo. Ya estoy acostumbrado á estas visiones sin las cuales no podria vivir; amo á esa fantasma aunque huye de mí y algunas veces me rechaza de su lado. No hace falta remedio, padre mio. Podéis iros si quereis, viajar de nuevo, volver á América. Teniendo esta vision á mi lado, nunca me quedaré yo solo.

— ¡ Dios mio! dijo en voz baja el doctor; y abrazando á Sebastian.

— Hasta la vista, hijo mio, le dijo. Pronto espero que nos volveremos á ver, porque aunque tenga que marcharme de París, vendrás tú tambien conmigo.

— ¿Era hermosa mi madre? preguntó Sebastian:

— ¡ Oh! sí; ¡ muy hermosa! respondió el doctor con voz apagada.

— ¿Y os queria tanto como yo os quiero?

— ¡ Sebastian! ¡ Sebastian! exclamó el doctor; ¡ no me vuelvas á hablar nunca de tu madre!

Y besando otra vez á su hijo en la frente, salió del jardín.

En vez de salir detrás de él, Sebastian cayó sentado en el asiento, donde permaneció triste y pensativo.

Gilberto halló en el patio á Billot y á Pitou que despues de haber tomado un buen refrigerio, estaban contando al cura Berardier cómo se habia tomado la Bastilla.

Encargó otra vez el doctor Gilberto al gefe del colegio que tuviese mucho cuidado de Sebastian, y volvió á subir al carruage con sus dos compañeros.

CAPITULO XXI

Madama de Stael.

Quando Gilberto se sentó segunda vez en el carruage al lado de Billot y enfrente de Pitou, estaba pálido y con la frente bañada de sudor.

Pero no era propio de su caracter dejarse dominar por una emocion cualquiera. Se recostó en el interior del carruage, apoyó sus dos manos en la frente como si hubiera querido comprimir su pensamiento, y despues de un instante de inmovilidad, separó sus manos, y mostrando una fisonomía de un todo serena:

— ¿ Con que decis, señor Billot, que el rey ha desterado al señor baron de Necker?

— Sí señor.

— ¿ Y que de aquí proviene el tumulto de París?

— No os equivocais.

— ¿ Y habeis dicho que Mr. de Necker salió inmediatamente de Versalles?

— Recibió la orden cuando estaba comiendo, y una hora despues ya estaba en camino para Bruselas.

— ¿ Para Bruselas?

— Donde debe estar ahora indudablemente.

— ¿Y no habeis oido decir si se ha detenido algun tiempo en el camino?

— Sí; en Saint-Ouen para despedirse de su hija, la señora baronesa de Stael.

— ¿Y Mad. de Stael ha partido tambien con él?

— No sé; he oido decir que ha partido solo con su esposa.

— Cochero, dijo Gilberto, parad junto á la primera roperia que encontréis al paso.

— ¿Vais á cambiar de traje? preguntó Billot.

— Sí, que este está ya roto por el roce con las paredes de la Bastilla, y no se debe ir á visitar de esta manera á la hija de un ministro caido. Registraos los bolsillos á ver si teneis algunos luises.

— ¡Oh! ¡oh! dijo Billot; ¿segun parece os habeis dejado la bolsa en la Bastilla?

— Lo mandaba así el reglamento, dijo sonriéndose Gilberto. Todó objeto de valor debe depositarse allí en la administracion.

— Tomad, señor doctor, dijo Billot ofreciéndole unos veinte luises.

Gilberto tomó diez.

Algunos minutos despues se paró el carruage delante de la puerta de una roperia.

Gilberto cambió el traje que llevaba por un vestido negro, tal como lo llevaban entónces á la Asamblea nacional los señores del estado llano.

El cochero los condujo en seguida á Saint-Ouen.

Gilberto se apeó á la puerta de la casa de M. de Necker cuando estaban dando las doce en el reloj de la catedral.

En aquella casa, antes tan frecuentada, reinaba entónces un silencio profundo, que fué interrumpido por la llegada del carruage de Gilberto.

Las verjas del jardin estaban cerradas y los parterres sin gente; pero en una fachada del palacio estaban abiertas todas las ventanas.

Quando Gilberto se dirigió hácia la puerta, se adelantó á él un lacayo vestido con la librea de Mr. de Necke:

Entónces hubo á un lado y á otro de la verja el diálogo siguiente:

— ¿Está en casa Mr. de Necker?

— No está; el señor baron salió el sábado último para Bruselas.

— ¿Y la señora baronesa?

— Partió tambien en su compañía.

— ¿Y Mad. de Stael?

— Madama se ha quedado aquí; pero no sé si podrá recibir á vd. en este momento, porque es la hora en que acostumbra á pasearse.

— Pues haga vd. el favor de verla, y dígala vd. que está aquí el señor doctor Gilberto.

— Así lo haré: voy á ver si está en las habitaciones; pero si está paseándose, os prevengo que tengo órden de no pasarla recado.

— ¡Muy bien! haced el favor de verlo.

El lacayo abrió la verja, y Gilberto entró.

Al tiempo de cerrar la verja, el lacayo dirigió una mirada curiosa al carruage en que habia venido el doctor, y vió á las dos estrañas personas que venian acompañándole.

En seguida se marchó, meneando á un lado y á otro la cabeza en señal de desconfianza.

Gilberto se quedó solo aguardándole.

Al cabo de unos cinco minutos volvió el lacayo y le dijo:

— La señora baronesa se está paseando.

E hizo un saludo al doctor como para despedirse.

Pero el doctor no quiso entender la insinuacion.

— Amigo mio, le dijo, haced el favor de infringir ahora vuestra órden para anunciarme á la señora baronesa, y decirle que soy un amigo del señor marqués de Lafayette.

Y poniendo un luis en la mano del lacayo, terminó por vencer sus escrúpulos, ya casi disipados al oír el nombre que acababa de pronunciar el doctor.

— Entrad, señor, dijo el lacayo.

Pero en vez de hacerle entrar en la casa, le condujo con direccion al jardin.

— Este es el sitio por donde suele pasearse la señora baronesa, dijo el lacayo señalando á Gilberto la entrada de una especie de laberinto. Tened la bondad de aguardar aquí un momento.

Poco tiempo despues se presentó á los ojos del doctor una muger de veinte y tres á veinte y cuatro años, alta de cuerpo y de una hermosura mas bien noble que graciosa.

La baronesa pareció quedar sorprendida al ver que era tan jóven el doctor Gilberto, porque sin duda creia que debia ya ser de edad avanzada.

Gilberto, en efecto, era un hombre bastante notable para llamar la atencion á primera vista á una muger tan observadora como Mad. de Stael.

Pocos hombres tenian el rostro con líneas tan puras, y que habian tomado un carácter de extraordinaria inflexibilidad por el ejercicio de su voluntad poderosa. Sus hermosos ojos negros, siempre tan expansivos, estaban velados por el trabajo y los sufrimientos, y habian perdido esa vaguedad que es uno de los encantos de la juventud.

Su frente ancha y prominente, con una leve inclinación que terminaba en sus hermosos cabellos negros, encerraba á un mismo tiempo la ciencia y el pensamiento, el estudio y la imaginación. Los arcos de las cejas proyectaban sobre sus ojos dos sombras espesas, como sucedia á su maestro Rousseau, y en medio de las dos sombras brillaban dos puntos luminosos que denotaban la vida.

A pesar de su modesto trage, Gilberto se presentó, pues, á los ojos de la autora de *Corina* bajo el aspecto de un hombre notable y distinguido.

Mad. de Stael estuvo algunos instantes contemplándole.

Gilberto, despues de haber hecho un respetuoso saludo, examinó con una mirada rápida aquella jóven, ya célebre, cuyas facciones inteligentes y llenas de espresion carecian absolutamente de encantos. Su cabeza, mas bien que la de una muger, era la de un jóven insignificante y vulgar, con su cuerpo lleno de voluptuosa lujuria.

Tenia en la mano una rama de naranjo, cuyas hojas se entretenia distraida en mascar.

— ¿Sois vos, preguntó la baronesa, el doctor Gilberto?

— Yo soy, sí señora.

— ¿Tan jóven y habeis adquirido ya tan grande reputacion? ¿O no sois acaso el hombre que goza de esa reputacion?

— No sé yo que haya mas Gilberto que yo, señora. Y si es verdad, como decís, que tiene alguna reputacion este nombre, sólo á mí me pertenece.

— ¿Decís que sois amigo del marqués de Lafayette? Y en efecto, el marqués nos ha hablado de vos algunas veces y de vuestra inagotable ciencia.

Gilberto inclinó lijeramente la cabeza.

— Ciencia llena de interés, prosiguió la baronesa, porque segun parece, vos, señor, no sois un alquimista ni un químico como los demas, sino que habeis sondeado los misterios de la ciencia de la vida.

— Supongo, señora, que el señor marqués de Lafayette os habrá dicho, sin duda, que yo tengo algo de hechicero, contestó Gilberto sonriéndose; y le creo persona de bastante talento para sospechar yo desde luego que os lo habrá probado si ha querido.

— Sí señor; nos ha referido muchas curas maravillosas que habeis hecho, ya en el campo de batalla, ya en los hospitales de América con enfermos desauiciados; segun nos ha dicho el marqués, los haciais sumirse en una muerte ficticia tan semejante á la real, que muchas veces lo parecia.

— Esa muerte ficticia, señora, es el resultado de una ciencia casi desconocida que está hoy en manos solamente de unos cuantos adeptos; pero que acabará por vulgarizarse del todo.

— El mesmerismo, ¿no se llama así? preguntó Mad. Stael sonriéndose.

— Sí señora, el mesmerismo.

— ¿La habeis aprendido del mismo maestro?

— ¡ Ah, señora! El mismo Mesmer no era mas que un discípulo. El mesmerismo, ó mas bien el magnetismo, era una ciencia antigua conocida de los egipcios y de los grie-

gos. Esta ciencia se perdió en el océano de la edad media. Shakspeare la adivinó en el *Macbeth*. Urbano Grandier la volvió á descubrir y murió por haberla descubierto. Pero el gran maestro, el que lo ha sido mio, señora, es el conde de Cagliostro.

— ¿Quién? ¡ese charlatan! dijo Mad. Stael.

— Señora, no juzgueis vos de él como juzgan los contemporáneos, sino como ha de juzgar la posteridad. A ese charlatan es á quien yo debo mi ciencia, y quizá el mundo entero deberá la libertad.

— Sí, dijo Mad. de Stael sonriéndose. Puede ser que tengais razon... Pero decidme: ¿por qué habeis estado tanto tiempo lejos de Francia? ¿Por qué no habeis querido volver aqui á ocupar vuestro sitio al lado de los Lavoisier, los Cabani, los Condorcet, los Bailly y los Luises?

Al oír este último nombre se sonrojó imperceptiblemente el doctor Gilberto.

— Tengo aun mucho que estudiar, señora, para que vaya á ponerme de buenas á primeras al lado de los maestros.

— En fin, ya habeis vuelto, aunque en una ocasion muy triste para nosotros; mi padre, que siempre ha deseado seros útil en algo, ha dejado de ser ministro y se ha ausentado hace ya tres dias.

Gilberto se sonrió.

— Señora baronesa, dijo inclinando lijeramente la cabeza; hace seis que por orden del señor baron de Necker fui conducido preso á la Bastilla.

Mad. Stael se sonrojó tambien.

— En verdad, señor, que me sorprende mucho lo que me decís. ¿Preso á la Bastilla?

— Sí señora.

— ¿Pues qué hicisteis para que os llevaran preso?

— Solo el que ha ordenado mi prision podra decirme.

— ¿Pero al fin estais ya libre?

— Sí señora; porque ya no existe la Bastilla.

— ¿Cómo que no existe la Bastilla? exclamó Mad. de Stael aparentando sorpresa.

— ¿No habeis oido los cañonazos?

— Sí: ¿y eso qué?

— ¡Oh! permitidme, señora, que os diga que es imposible que Mad. de Stael, la hija de Mr. de Necker, ignore aun que la Bastilla ha sido tomada por el pueblo.

— Os aseguro, señor, respondió la baronesa, no sabiendo que responder, que desde que se marchó mi padre no me cuido de los acontecimientos, sino de llorar su ausencia.

— Señora, señora, dijo el doctor Gilberto meneando á un lado y á otro la cabeza, los correos saben andar con demasiada rapidez por el camino que conduce al palacio de Saint-Ouen, para que no haya llegado ni uno solo en cuatro horas que hace que ha capitulado la Bastilla.

Conoció la baronesa que la era imposible contestar sin mentir á las claras, por lo que varió de conversacion.

— ¿Y á qué debo, señor, el honor de vuestra visita? preguntó á Gilberto.

— Quisiera, señora, tener el honor de hablar con Mr. de Necker.

— ¿Pero, no sabeis ya que no está en Francia?

— Me parece, señora, tan extraordinario que se haya ido Mr. de Necker, me parece tan impolitico que no haya aguardado á ver los acontecimientos...

— ¿Qué?...

— Que os confieso, señora, esperaba de vos que me dijerais el lugar donde se encuentra.

— En Bruselas, ya os lo he dicho.

Gilberto dirigió á la baronesa una mirada escrutadora.

— Gracias, señora, dijo inclinándose; voy á partir ahora mismo para Bruselas, porque tengo que decirle cosas de la mas alta importancia.

— ¿Que puede haber importante para mi padre despues de haber caido en desgracia? preguntó Mad. de Stael.

— El porvenir, señora. Y quizá no deje yo de tener in-

fluencia en el porvenir. Pero esto no hace al caso ahora. Lo que importa á él y á mí es que pueda yo ver á M. de Necker. ¿ Con que decís, señora, que está en Bruselas ?

— Sí, señor.

— Veinte horas tardaré en el viage. ¿ Sabeis, señora, lo que son veinte horas en épocas revolucionarias, y cuántas cosas pueden suceder en veinte horas? ¡ Oh ! ¡ qué imprudencia tan grande ha cometido M. de Necker !

— A la verdad, juro, señor, que me asustais, dijo Mad. de Stael; y ya empiezo á creer, en efecto, que mi padre ha cometido una imprudencia.

— ¡ Como ha de ser, señora ! Ya no me queda sino pedirnos perdón por la incomodidad que os he ocasionado. Adios, señora.

Pero la baronesa permaneció inmóvil.

— Digo, señor que me asustais, repitió; esplicadme lo que queréis !...

— ¡ Ah, señora ! respondió Gilberto; tengo en este momento tantos asuntos personales que me llaman la atención, que no tengo tiempo para pensar en los de los demás. Importa á mi vida y á mi honor, y á la vida y al honor de Mr. de Necker lo que voy á decirle dentro de veinte horas.

— Señor, no me parece oportuno que hablemos de semejantes cosas en un sitio como este, en que pueden oírnos.

— Estoy en vuestra casa, dijo Gilberto, y sois vos la que habeis elegido este sitio para que hablemos... Iremos donde gustéis; estoy á vuestras órdenes.

— Haced el favor de venir á acabar vuestra conversacion en mi gabinete.

— ¡ Ah ! ¡ ah ! dijo para sí el doctor Gilberto; si no temiese ponerla colorada, la preguntaria ahora si su gabinete está en Bruselas.

Pero se contentó con seguir á la baronesa, que iba andando muy de prisa con direccion al palacio.

Delante de la puerta volvieron á hallar al mismo lacayo que habia salido á recibir á Gilberto.

Mad. de Stael le hizo una seña, y abriendo ella misma la puerta, condujo á Gilberto á su gabinete, cuya segunda puerta, y cuyas dos ventanas daban á un jardinillo, inaccesible, no solamente á las personas estrañas, sino á las miradas de todo el mundo.

Cuando estuvieron ya dentro, Mad. de Stael cerró la puerta, y volviéndose hácia Gilberto :

— Señor, le dijo; hacedme el favor de decirme cual es el secreto importante para mi padre que os ha hecho venir á Saint-Ouen.

— Si vuestro señor padre, dijo Gilberto, pudiese oírme desde aquí y llegase á saber que yo soy el que he presentado al rey las memorias secretas que se titulan, *Del estado de las ideas y del progreso*, estoy seguro que el señor baron de Necker se presentaria de repente y me diria : « Doctor Gilberto, ¿ qué teneis que decirme ? hablad, ya os escucho. »

No habia acabado Gilberto de pronunciar estas palabras, cuando se abrió sin hacer ruido una puerta pintada en un papel por Vanloo, y apareció el baron de Necker en lo alto de una escalerita de caracol, que estaba alumbrada por la luz de un farolito.

Entonces Mad. de Stael hizo un saludo á Gilberto, y dando á su padre un beso en la frente, salió de su gabinete, yéndose por donde habia venido Mr. de Necker, y cerrando la puerta, desapareció.

Necker se adelantó hácia Gilberto, le tendió la mano y le dijo;

— Aquí estoy, señor Gilberto; ¿ qué teneis que decirme ? hablad, que ya os escucho.

Los dos se sentaron.

— Señor baron, dijo Gilberto, acabais de oír un secreto que os descubre todos mis planes. Yo fui quien cuatro años ha, hice llegar á manos del rey una Memoria sobre la situacion general de Europa : yo fui el que le mandé desde los Estados Unidos las diferentes Memorias que ha recibido acerca de todas las cuestiones de política y administracion que se han agitado en Francia.

— Y de las cuales añadió Mr. de Necker, siempre me ha hablado S. M. con profunda admiracion y terror.

— Sí, porque decia la verdad; y entónces causaba terror oír la novedad como es hoy aun mas terrible verla convertida ya en hecho.

— Teneis razon, señor, dijo Necker.

— ¿Y esas Memorias, preguntó Gilberto, os las ha enseñado el rey?

— No todas; dos solamente; una de ellas sobre Hacienda, en la que sois de mi misma opinion con poca diferencia.

— Pero hay una en que le anunciaba todos los sucesos políticos que se acaban de verificar.

— ¡Ah!

— Sí.

— ¿Y cuáles son esos sucesos?

— Dos especialmente: uno de ellos la obligacion en que se veria de tener que distituiros á influjo de ciertos compromisos.

— ¿Le habeis predicho eso?

— Seguramente.

— Ese es el primer suceso; ¿y cuál es el segundo?

— ¿El segundo? la toma de la Bastilla.

— ¿Qué decís?

— Sí, señor baron; la Bastilla era, mas que una prision de Estado, el símbolo de la tiranía. La libertad ha empezado destruyendo el símbolo; la revolucion hará lo que falta.

— ¿Habeis calculado la gravedad de las palabras que estais pronunciando, señor Gilberto?

— Sí, señor.

— ¿Y nada habeis temido al asentar semejante teoría?

— ¿Qué habia de temer?

— Que os sucediese alguna desgracia.

— Señor Necker, dijo Gilberto sonriéndose, quien acaba de salir de la Batilla, nada tiene que temer.

— ¿Pues qué? ¿habeis salido vos de la Bastilla?

— Hoy mismo y no hace mucho tiempo.

— ¿Y por qué estábais preso en la Bastilla?

— Eso vengo yo á preguntaros.

— ¿A mí?

— Sí, señor, á vos.

— ¿Y por qué me lo preguntais á mí?

— Porque sois vos quien ha mandado que me pongan preso.

— ¿Yo?

— Hace seis dias; la fecha no es muy atrasada para que hayais podido olvidarlo.

— ¡No puede ser!

— ¿Conoceis esta firma?

Y Gilberto enseñó al baron el registro de la Bastilla y la orden de prision firmada por su propia mano.

— Sí, teneis razon, dijo el ex-ministro; esta es la orden de prision, ya sabeis qué yo firmaba las menos que podia y que las menos llegaban á cuatro mil cada año. Ademas, en el momento de mi salida me hicieron firmar algunas en blanco. Esta, señor Gilberto, debe ser una de ellas.

— ¿Con que de ninguna manera debo atribuiros á vos la causa de mi encarcelamiento?

— De ninguna manera.

— Pero en fin, señor baron, dijo Gilberto sonriéndose; ya comprendereis mi curiosidad; necesito saber á quien debo mi prision. Tened la bondad de decírmelo.

— ¡Oh! nada mas fácil. Por precaucion, no he querido dejar mis cartas en el ministerio, si no que las he traído conmigo. Las de este mes deben estar en el cajon B de este estante: busquemos en el legajo la letra G.

Necker abrió el armario y se puso á hojear un legajo inmenso que contendria unas quinientas ó seiscientas cartas.

— Únicamente guardo, dijo el ex-ministro, aquellas cartas que pueden comprometerme: cada orden de prision que firmo, me cuesta grangearme un enemigo. Debo, pues, andar precavido. Vamos á ver: G., G., esta es. Sí Gilberto: de la servidumbre de la reina.

— ¡Ah!

— Sí; pide una orden de prision contra un hombre llamado Gilberto. Sin profesion conocida. Ojos negros. Cabellos negros. Estas son sus señas. Volverá del Havre á Paris, ¿Con qué sois vos este Gilberto de que aquí se habla?

— Sin duda alguna, ¿Podeis dejarme la carta?

— No me es posible, pero puedo deciros por quien está firmada.

— ¿Por quién?

— Por la condesa de Charny.

— ¿La condesa de Charny? repitió Gilberto; no la conozco.

Y alzó un poco la cabeza como para repasar en su memoria.

— Hay ademas una postdata sin firma, pero escrita en una letra que yo conozco y no sé si vos tambien conoceréis. Ved.

Gilberto leyó estas palabras;

« Ejecutad cuanto antes lo que desea la condesa de Charny. »

— Es cosa estraña, dijo Gilberto; la reina, ya lo concibo... Pero esa condesa de Charny...

— ¿No la conoceis?

— Me parece que debe ser un nombre supuesto. Pues ya veis que nada tiene de particular que no conozca yo á las notabilidades de Versalles. Hace quince años salí de Francia y en estos quince años he vuelto una sola vez, una vez para ausentarme al poco tiempo, ahora hace cuatro años. ¿Quién es esa condesa de Charny?

— La amiga mas íntima de la reina, la muy amada esposa del conde de Charny, una muger muy bella y muy virtuosa, un prodigio de encantos, en una palabra.

— ¡Pues no conozco á ese prodigio!

— Siendo así, señor doctor, debeis estar siendo el juguete de alguna intriga política. ¿No habeis hablado alguna vez del conde de Cagliostro.

— Sí.

— ¿Le habeis conocido personalmente?

— Ha sido mi amigo; mas que mi amigo, mi maestro.

— Pues en ese caso, el gobierno del Austria ó de la Santa Sede, serán los que han pedido vuestra prision.

— Tal vez.

— Precisamente, todos acuden á la reina para vengarse. Habrán conspirado contra vos, y la reina habrá mandado firmar la carta á la condesa de Charny para alejar todas las sopechas, y ese es todo el misterio.

Gilberto estuvo un instante reflexionando.

En este instante de reflexion se acordó de la caja robada en casa de Billot, y con la cual nada tenia que ver la reina, ni el Austria, ni la Santa Sede.

— No, dijo, no es eso, no puede ser eso; pero no importa; pasemos ahora á otra cosa; hablemos de vos, señor Necker.

— ¿De mí? ¿qué es lo que teneis que decirme?

— Lo que ya sabeis mejor que nadie; y es que dentro de tres dias vais á ser restituido á vuestro puesto y podreis gobernar la Francia tan despóticamente como querais.

— ¿Lo creeis así? dijo Necker sonriéndose.

— Y tambien vos lo creeis, puesto que no os hallais en Bruselas.

— Y bien; ¿cuál será el resultado de eso? que es lo que mas nos importa preveer.

— ¿El resultado? muy sencillo. Sois querido de los franceses y llegareis á ser adorado. La reina está ya cansada de vos, y el rey no dudo que se cansará tambien: os alcanzará popularidad á pesar vuestro, cosa que no podreis aguantar. Entónces os hareis vos impopular. El pueblo, señor Necker, es un leon hambriento que siempre lame la mano del que le alimenta, sea este quien fuere.

— ¿Y despues?

— Despues volvereis á caer en el olvido.

— ¿Yo en el olvido?

— Desgraciadamente.

— Y ¿por qué?

— Por los acontecimientos.

— No parece, señor Gilberto, sino que estais hablando como un profeta.

— Tengo la desgracia de serlo en varias ocasiones.

— Y entónces ¿qué sucederá?

— ¡Oh! lo que sucederá entónces, no es muy difícil de adivinar, porque se está ya viendo en la Asamblea. Se levantará un partido que duerme en este momento; he dicho mal, que vela, pero que está escondido. Ese partido tiene por gefe á un príncipe y por arma una idea.

— Ya os entiendo; ¿quereis decir el partido orleanista?

— No. Ese partido yo hubiera dicho que tenia por gefe á un hombre y por arma la popularidad. El partido que yo digo no tiene nombre entre nosotros, ó por mejor decir, no ha sido aun pronunciado; es el partido republicano.

— ¿El partido republicano decís?...

— ¿No sois de mi opinion?

— ¡Quimera!

— Sí, quimera con boca de fuego, que os devorará á todos.

— ¿Y qué?... Entónces me haré republicano, como que ya lo soy.

— Republicano de Génova, es verdad.

— Pero de cualquier manera un republicano, aunque sea de Génova, es como los demas republicanos.

— Os engañais, señor baron; nuestros republicanos no se parecerán en nada á los de los demas paises; nuestros republicanos acabarán primero con los privilegios, despues con la nobleza y luego con la monarquía; nuestros republicanos irán mucho mas lejos, podreis partir con ellos; pero os quedareis á la mitad del camino, porque no querreis seguirlos á donde ellos van. No, señor baron de Necker; os equivocais, no sois republicano.

— ¡Oh! de esa manera no lo puedo ser nunca, porque yo amo al rey.

— Y yo tambien, dijo Gilberto, y todo el mundo le ama en este momento como nosotros. Si dijera esto que acabo de decir á un hombre de menos talento que vos,

se burlaria de mí; pero es la verdad, señor de Necker.

— Pero...

— ¿Conoceis las sociedades secretas?

— He oido hablar mucho acerca de ellas.

— ¿Y creeis que existen como se dice?

— Creo en su existencia, pero no en su universalidad.

— ¿Estais afiliado en alguna?

— No, en ninguna.

— ¿Ni perteneceis siquiera á ninguna logia masónica?

— No.

— Pues yo sí, señor ministro.

— ¿Estais afiliado?

— Sí, y en todas ellas. Son, señor ministro, una inmensa red que cerca á todos los tronos; puñal invisible que amenaza á todas las monarquías. Treinta millones de hermanos somos, poco mas ó menos, diseminados en todos los paises, y en todas las clases de la sociedad. Tenemos adeptos entre el pueblo, entre la clase media, entre los nobles, entre los príncipes, y hasta entre los mismos soberanos. Tened cuidado, señor Necker; porque el príncipe delante de quien hablais, puede ser un afiliado... el criado que se inclina ante vuestra presencia, puede ser tambien un afiliado... Vuestra vida no es vuestra, ni vuestra fortuna, ni vuestra misma honra. Todo pertenece á un poder invisible con el que no podeis luchar, porque él sí os conoce. Y esos tres millones de hombres que han constituido ya la república americana, intentan constituir ahora una república francesa, y despues intentarán constituir una república europea.

— Pero la república de los Estados Unidos, dijo Necker, no me causa miedo, y yo aceptaria de buen grado esa forma de gobierno.

— Sí; pero de la América á la Francia hay un abismo. La América es un país virgen, sin antiguas preocupaciones ni privilegios, ni monarquía, situado entre el mar que da salida á su comercio y la soledad que da impulso á su poblacion, y la Francia!... ¡cuánto habria que destruir en Francia para que la Francia se pareciese á la América!

— Pero en fin, ¿á dónde quereis venir á parar con eso?

— Adonde tenemos que ir precisamente. Solo que yo quisiera llegar allá sin trastornos de ninguna especie, poniendo al rey á la cabeza del movimiento.

— ¿Como una bandera?

— No, como un escudo.

— ¡Como un escudo! repitió Necker sonriéndose; se conoce que no sabeis quien es el rey, cuando quereis hacerle representar semejante papel.

— Sí, le conozco: es un hombre como otros muchos que yo he visto mandando en los pequeños distritos de América, un pobre hombre, sin magestad, sin resistencia, sin iniciativa; pero ¡cómo ha de ser! Aunque no fuese sino por el título sagrado que lleva, debe ser una muralla contra esos hombres de que acabo de hablaros; y por malá que sea una muralla, mas vale algo que nada.

En nuestras guerras con las tribus salvages del Norte de América, recuerdo de haber pasado noches enteras resguardado detrás de algunas cañas; el enemigo estaba al otro lado del rio haciendo fuego sobre nosotros.

No son muy buenas las murallas de caña que digamos; pues confieso, sin embargo, señor baron, que tenia menos miedo detras de aquellas cañas, que las balas cortaban como si fueran hilos, que si hubiera estado en campo raso. Pues bien; el rey es la muralla de caña que nos permite ver al enemigo, y que le impide que nos vea á nosotros. He aquí la razon por qué yo soy republicano en Nueva-Yorck ó en Filadelfia, y soy monárquico aquí en Francia. Allí nuestro dictador se llama Washington, aquí Dios sabe como se llamará: *puñal ó cadalso*.

— Todo lo veis de color de sangre, señor doctor.

— Del mismo modo lo veriais vos si hubierais estado como yo hoy en la plaza de Greve.

— Sí, es verdad; me han dicho que ha habido una carniceria horrible.

— Ya veis lo que es el pueblo... ¡Oh tempestades humanas! exclamó Gilberto; ¡qué atrás os dejai; á las tempestades del cielo!

Necker permaneció un instante pensativo.

— ¡Oh! si os hubiera tenido á mi lado, señor doctor, ¡cuántos buenos consejos me hubierais dado en caso necesario!

— A vuestro lado, señor baron, no podria seros tan útil, ni serlo tanto á la Francia como yo deseo.

— ¿Pues á donde quereis ir?

— Oid, señor Necker, al lado del mismo trono hay un grande enemigo del trono; al lado del rey, un grande enemigo del rey: ¿quereis saber quién es? La reina. Pobre muger que se olvida de que es la hija de María Teresa, y no se acuerda sino de lo que dice relacion con su orgullo, creyendo salvar al rey cuando no solo le pierde, sino que pierde tambien á la monarquía. ¡Pues bien! Es preciso que nosotros que amamos al rey y tambien á la Francia, nos pongamos de acuerdo para neutralizar su poder y destruir su influencia.

— Pues entónces haced lo que yo digo, señor Gilberto; quedaos á mi lado, para ayudarme.

— Si me quedo á vuestro lado, no tendremos mas que un solo medio de accion, es preciso que estemos separados para que podamos atender á dos partes á un mismo tiempo.

— ¿Y qué conseguiremos con eso?

— Retardar quizá la catástrofe, aunque no impedir la; cuento con un auxiliar poderoso, que es el marqués de Lafayette.

— ¿Lafayette es republicano?

— Como puede serlo un Lafayette. Si necesariamente tenemos que pasar todos bajo el nivel de la libertad, mas vale que este nivel sea el de los grandes señores. Yo, por mi parte, quiero la igualdad que eleva, y no la que hace descender.

— ¿Y contais de veras con Lafayette?

— Miéntas no se le exija su honor, su valor ó su abnegacion, cuento para todo con él.

— Pues bien; decís ¿qué es lo que quereis?

— Quiero una carta para poder ver á S. M.

— Un hombre como vos no necesita carta para eso; se presenta solo.

— No, porque me conviene ser presentado por vos.

— ¿Y qué gracia es la que quereis alcanzar de S. M. ?

— La de médico de cámara.

— ¡Oh! nada mejor... ¿pero y la reina?

— Estando yo al lado del rey, nada me importa.

— ¿Y si os persigue?

— En ese caso haré al rey que tome una medida conveniente.

— ¡Una medida el rey! no lo conseguireis.

— El que dirige el cuerpo de un hombre, es menester que sea muy simple para no llegar en poco tiempo, si quiere, á dirigir tambien su espíritu.

— ¿Pero no conoceis que es un mal precedente para se. médico de cámara haber estado preso en la Bastilla?

— Al contrario, no puede ser mejor. El rey alcanzará mucha popularidad si toma por médico á un discípulo de Rousseau, á un partidario de las nuevas doctrinas, á un preso que acaba de salir de la Bastilla.

— Teneis razon; ¿pero puedo contar siempre con vos?...

— Seguramente, con tal que sigais siempre la linea de conducta que nos señalaremos.

— ¿...? ¿es lo que prometeis hacer por mí?

— Avisadme de antemano el momento preciso de vuestra caída.

Necker miró un instante á Gilberto, y despues le dijo con voz sombría:

— Es verdad; ese es el mayor servicio que puede hacer á un ministro un amigo suyo.

Y se sentó delante de su mesa para escribir al rey.

Entre tanto Gilberto, volvió á leer la carta, y decia para sí.

— ¡La condesa de Charny!... ¡quién podrá ser esta muger!

— Ahí teneis, señor Gilberto, dijo Necker poco despues, entregándole la carta que acababa de escribir.

Gilberto tomó la carta y la leyó.

Estaba concebida en estos términos:

« Vuestra Magestad tendrá necesidad de un hombre de confianza con quien poder consultar sus asuntos. Mi último servicio, al separarme del lado de V. M., es presentarle al doctor Gilberto. Dije lo bastante á V. M. con solo recordarle que el doctor Gilberto es uno de los médicos mas distinguidos del mundo, y añadirle que es el autór de las Memorias administrativas y políticas que tan profunda impresion han causado á V. M.

« A L. R. P. de V. M.

« *Baron de NECKER.* »

El baron no puso fecha á la carta, y se la dió al doctor Gilberto, cerrada y sellada.

— ¿Y ahora, añadió, sigo estando en Bruselas, no es verdad?

— Sí, y con mas motivo que antes. Mañana temprano, recibireis noticias mias.

El baron tocó el resorte de la puerta secreta, y volvió á aparecer madama de Stael; ademas del ramo de naranjo, tenia ahora en la mano el folleto del doctor Gilberto.

Le enseñó el titulo al doctor con una especie de coquetería.

Gilberto se despidió de Mr. de Necker y besó la mano de la baronesa que le acompañó hasta la puerta del gabinete.

Y volvió á entrar en el carruage en que Pitou y Billot estaban durmiendo, tendidos en sus asientos, y el cochero tendido en su pescante, y los caballos apoyados en sus cansadas piernas.

CAPITULO XXII

El rey Luis XVI.

La entrevista de Gilberto con mad. de Stael y Mr. de Necker, duró como hora y media. Gilberto entró en París